



EX ALUMNOS ILUSTRES DE LA UNIVERSIDAD

Ángel Manuel Ballesteros.
EX EMBAJADOR DE ESPAÑA EN GUINEA BISSAU

“El profesorado sigue siendo competente pero antes era más conocido fuera”

El diplomático, que anhela que Gran Bretaña “entre en razón y devuelva Gibraltar”, afirma que no hay ninguna otra localidad en España en la que exista “tal simbiosis entre la ciudad y su universidad” como en Salamanca. Explica que en los 60 impartían clase catedráticos “de fama nacional” y había todavía pocos alumnos extranjeros.

BERTA BAZ | MADRID

PERTENECIENTE a la promoción de licenciados de Derecho del año 1964, Ángel Manuel Ballesteros (Salamanca, 1942) comenzó su carrera diplomática en 1973. Ha estado destinado en las representaciones españolas en Guatemala, Sudáfrica, México, Cuba y Egipto. También ha sido cónsul general de España en las provincias argentinas de Córdoba y Mendoza, vicepresidente del Consejo Superior de Asuntos Exteriores y embajador en Guinea Bissau entre los años 2007 y 2011. Además, fue el único diplomático español enviado al Sáhara tras la salida de España y gestionó el retorno de 335 compatriotas. Ya jubilado, se dedica a escribir libros e impartir conferencias, está considerado como uno de los principales especialistas en controversias territoriales.

—Al vivir en Ávila, a medio camino entre Madrid y Salamanca, ¿qué le llevó a escoger el Estudio salmantino para cursar Derecho?

—Nací en Salamanca, en los alrededores de la Plaza Mayor, concretamente en la Plaza del Mercado número 3, pero allí estuve muy poco tiempo. A mi padre, médico de aviación, le destinaron al aeródromo de Ávila, y nos trasladamos toda la familia siendo yo muy pequeño. En el momento de escoger la Universidad, los que vivíamos entonces en Ávila íbamos principalmente a Salamanca. Otros se decantaban por Madrid, pero sin duda eran muchos menos. Para mí fue muy gratificante poder regresar a mi ciudad natal para estudiar Derecho, en la misma Universidad que mi padre hizo Medicina y en la que también estudió mi hermano pequeño.

—¿Qué destacaría como principal característica de la Uni-

versidad de la década de los 60?

—Salamanca era, y sigue siendo, una ciudad pequeña, provinciana en el sentido siempre positivo del término, ya que permite conciliar el estudio con el ocio y las relaciones sociales. Propicia enormemente el estudio, pero no me refiero solo a la comprensión de libros y manuales, sino también facilita la meditación académica. Yo utilizaba mucho las plazoletas y jardines que dan belleza a la ciudad para meditar sobre aquellos te-

“Recuerdo con cariño a Tierno Galván, un señor en todos los sentidos”

mas que a mí más me interesaban. Era muy apacible y tranquila, lo que favorecía el ambiente intelectual y culto por lo que es bien conocida.

—¿Sobre qué versaban sus meditaciones?

—Giraban en torno a las relaciones internacionales. En aquel momento pretender ser diplomático, y viajar por el mundo, no estaba al alcance de la mayoría. Hoy en día sigue exigiendo mucho esfuerzo, lo veo por mi hija mayor que se está preparando las oposiciones, pero es más accesible. En los años 60 era como aquel que dice ahora que quiere viajar a la Luna (risas). Tuve que prepararme mucho por mi cuenta. Es cierto que aprendí innumerables aspectos del Derecho en la Universidad, había entonces grandes catedráticos en Salamanca, pero el área de internacional no era de las mejor pre-

paradas.

—¿Qué catedrático considera que le dio una mejor formación?

—Sin duda Enrique Tierno Galván, un señor en todos los sentidos. Tuve la gran suerte de poder asistir a sus seminarios. De hecho hubo un momento en que pensé en quedarme con él, en su departamento, pero des-



carté finalmente la idea para ser diplomático. Casualidades de la vida, el que fuera alcalde vivió y falleció en la calle Ferraz de Madrid, arteria en la que tengo fijado desde hace tiempo mi domicilio. En mi época impartían clase catedráticos de fama nacional. Además de Tierno también destacaría a José Antón Oneca y a Joaquín Ruiz Giménez. Creo que hoy en día, siendo el profesorado también muy competente, no son tan conocidos fuera de la provincia. No gozan del renombre y fama que tenían entonces.

—Me da la impresión de que usted fue un buen estudiante...

—Y está en lo cierto. Saqué muy buenas notas, y me licencié con mi promoción, pero también reconozco que falté mucho a clase por mis viajes. Como ya he comentado antes, tenía claro que quería ser diplomático, y durante el curso me marchaba con frecuencia al extranjero para perfeccionar los idiomas.

—¿Por qué considera que Salamanca es conocida y reconocida en el extranjero?

—Salamanca es propiamente su Universidad. No hay ninguna otra ciudad en España en la que exista tal simbiosis entre la ciudad y su universidad. Todo el mundo relaciona Salamanca con la institución académica. En el mundo hay otras ciudades que responden a ese honor, como Oxford o Cambridge, pero en España únicamente lo tiene Salamanca. No hay que quitarle méritos a nadie, y hay otras localidades como Santiago de Compostela, Alcalá de Henares y Granada que se aproximan, cuentan con universidades de importante renombre, pero ninguna alcanza la simbiosis tan especial que se respira en la ciudad del Tormes.

—¿Cómo era la relación con los compañeros?

—Buena, tenía el grupo de

Ficha

Carrera y promoción: Derecho, 1964.

Un profesor: Enrique Tierno Galván.

Una comida: El hornazo.

Un rincón de Salamanca: Los alrededores de la Plaza Mayor, donde nació.

Una canción de aquellos tiempos: Tengo preferencia por la música instrumental.



EX ALUMNOS ILUSTRES DE LA UNIVERSIDAD

amigos de la facultad y del colegio mayor San Bartolomé donde vivía. En la actualidad Salamanca es una ciudad cosmopolita, ya que acoge a estudiantes de todos los continentes, principalmente de Europa y América, lo que le ha dado un impulso tremendo. Gracias al estudio del castellano es, sin duda, una ciudad que avanza. En la década de los 60, de manera comprensible por la situación que vivía el país, se veían muy pocos estudiantes extranjeros en las aulas. Empezaban a llegar latinoamericanos, algunos con muy buenos coches, pero todavía no era lo habitual. Ahora es una realidad y eso constituye un pilar muy importante para Salamanca.

—¿Cómo fue su estancia en el colegio mayor San Bartolomé?

—Magnífica. Igual de orgulloso estoy de haber estudiado la carrera de Derecho en la Universidad de Salamanca que de haber residido en el San Bartolomé. En mi colegio había muy buenos expedientes, compartía residencia con estuendos estudiantes. El ambiente era muy bueno. Fue la mejor elección.

—En frente estaba el colegio mayor Fray Luis de León. ¿Mucha competencia?

—El colegio Fray Luis tenía quizá menos fama académica pero era más lanzado a las relaciones sociales. Como a mí siempre me han gustado, tomé el cargo de decano de relaciones sociales contribuyendo de manera directa a su impulso en mi colegio mayor. Al ser salmantino, tenía familia en la ciudad y por mis padres conocía a mucha gente, mantenía muchos contactos. Era algo atípico ya que el resto de colegiales, que llegaban a la ciudad sin conocer a nadie, por lo general se cerraban en un grupo de amigos y no se relacionaban con los autóctonos. Yo eso no lo comprendía. Lo consideraba un fallo.

—Entre sus libros está 'La diplomacia secreta española', ¿qué secretos cuenta en esta publicación?

—Cuatro décadas de carrera diplomática en la que he sido de todo -secretario de embajada, consejero, cónsul general, ministro, embajador...- da para muchas historias. En todos mis destinos he intentado servir a España lo mejor que he podido, siendo siempre fiel a mi país. Cuento situaciones de las que he sido testigo o interlocutor privilegiado, e incluso protagonista en solitario como me ocurrió en el Sáhara. Fui el primer y único diplomático que se ocupó de los 335 españoles que quedaron en el Sáhara tras la salida de España, a los que censé, en la que es quizá una de las mayores operaciones de protección de españoles del siglo XX. En mi libro recojo también conversaciones con personas de la talla del rey emérito Juan Carlos, Adolfo Suárez, Mario Soares, Fidel Castro, Pinchet...



En la imagen superior, el diplomático en un encuentro con sus compañeros del colegio mayor. Sobre estas líneas, Ballesteros saluda a Fidel Castro, en una recepción en Cuba. En la imagen de la derecha, el entonces príncipe Felipe sostiene en brazos a la hija mayor del embajador salmantino, durante su viaje a la provincia argentina de Córdoba.



“Cuatro décadas como diplomático dan para muchísimas historias”

—¿Qué destacaría de su carrera diplomática? ¿Qué logro es el mejor reconocimiento?

—Para mí es un orgullo poder contar que conseguí localizar los cuadros del Museo del Prado que están de manera indebida en Cuba. Cuando España perdió la isla y se firmó el Tratado de París de 1898, nuestro país renunció a todo, pero los cuadros del Prado, alrededor de una quincena, pertenecen a la pinacoteca madrileña por el respeto a la propiedad artística. El régimen castrista nunca informó de dónde estaban y, tras afortunadas gestiones, pude localizarlos en Santiago de Cuba, en el museo Bacardi.

—¿Cómo fue su estancia como embajador en Guinea Bissau?

—Estuve allí cuatro años. Es una embajada importante por su situación geográfica, zona de paso de tráfico de drogas que viene de Sudamérica en dirección a Europa, y por las pateras. Durante mi estancia, por primera vez tuvo lugar una misión militar de la Unión Europea ante lo que Naciones Unidas calificó de un “casi narco Estado”. En el tema de las drogas, ya en 1976, en Rabat, expuse la necesidad urgente de tomar medidas ante el tráfico que ya despuntaba de hachis

—¿Cuáles son los grandes contenciosos que tiene España?

—Los tres grandes contenciosos son Gibraltar, Ceuta y Melilla, y el Sáhara. La atipicidad internacional de nuestro país viene dada por la subsistencia del problema colonial, una connotación que comparte con otros estados como Francia, Estados Unidos y Nueva Zelanda. Hay que tener en cuenta que los tres principales conflictos están relacionados entre sí, y se sitúan en un área geográfica hipersensible. Junto a ellos también conviven en la diplomacia española otros tres diferendos que ostentan entidad inferior como es el asunto del islote de Perejil, y las cuestiones hispano-lusas que afectan a las Islas

“Localicé los cuadros del Prado que están de manera indebida en Cuba”

Salvajes y la plaza fronteriza de Olivenza, en Badajoz, una villa castellana cedida a Portugal por el Tratado de Alcañices de 1297, y reconquistada en 1801 durante la Guerra de las Naranjas.

—¿Qué recomendación haría a nuestro Gobierno sobre el asunto de Gibraltar?

—Sorprende que una nación como Gran Bretaña, que figura entre las fundadoras del derecho internacional, no haya logrado desbloquear su complicado dossier de litigios. Gibraltar debería de volver a España, pero en la actualidad nuestras perspectivas diplomáticas parecen nulas, con la cosoberanía desaparecida en el horizonte contemplable. Hemos perdido posiciones respecto a lo obtenido en 2017, pero mantenemos

suficientemente nuestra legitimidad para negociar y reclamar Gibraltar. Una cosa son las relaciones bilaterales de España con Reino Unido, que hay que atender con cotidianidad ya que a día de hoy compartimos frontera, y otra es la solución de un conflicto colonial. Esperemos que llegue el momento en que Inglaterra entre en razón y Gibraltar vuelva a ser español. A nivel mundial solo hay dos situaciones que no tienen derecho de autodeterminación; Gibraltar y Malvinas. No coincidan los hechos, pero si el fondo del asunto.

—Y dentro de nuestras fronteras, ¿cómo ve el problema de Cataluña?

—El catedrático Tierno Galván me explicó la diferencia entre conspiración y conjura, materia que no se tocaba en ningún ámbito académico, concluyendo que es desde la conspiración de donde surge el golpe de Estado. España es un estado históricamente soldado en difícil equilibrio, agravado por tensiones nacionalistas, por lo que en mi opinión habría que buscar la compatibilidad que permitiera, por encima de las diferencias, seguir todos integrados en la misión común española.